

animæ meæ thesaurus. Excute a me pondus omnium terrenorum desideriorum, ut igne amoris tui solius ardeam. Tu solus me afficias, solus lætifices..... Posside mentem meam, o summum et incommutabile bonum! posside eam, ut ipsa possideat te. (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El espíritu de pobreza, manantial de verdadera dicha para el buen sacerdote.* 1.º Dicha temporal: se ve libre de los males que trae consigo el amor á los bienes terrenos: *Ibi dolor, ibi labor, ibi pavor.* Envidiable paz de los que se abandonan por completo en los brazos de la Providencia. 2.º Dicha espiritual: abundante participación de los dones del Espíritu Santo. Dios se da á aquellos que lo han dejado todo por Él. ¡Precioso céntuplo! 3.º Felicidad eterna: *Quoniam ipsorum est regnum cælorum.*

PUNTO SEGUNDO.—*El espíritu de pobreza, manantial de bendiciones para los trabajos del buen sacerdote.* Cuanto más apasionados se sienten los hombres por el oro, tanto más admiran á aquellos que tienen el valor de menospreciarlo, y hé aquí lo que acredita el ministerio sacerdotal. San Pablo consideraba su desinterés como una de las principales causas del éxito de su apostolado. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.*

MEDITACIÓN XXVI

La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo.

La mortificación.

I. Qué idea debemos formarnos de la mortificación exterior.

II. A quiénes corresponde practicarla.

En todos sus misterios combate y nos enseña á combatir nuestro divino Salvador la triple concupiscencia que tantos esclavos entrega al demonio y tantas víctimas al infierno. Al orgullo y á la pasión de

(1) Corn. a Lapid. in *Matth.*, c. 5.

las riquezas opone el amor á la humildad y á la pobreza, como se ve en el misterio de la Encarnación y en el del Nacimiento; y al deseo desenfrenado de los placeres sensuales, el amor á la mortificación y sufrimientos, como lo manifiesta en este misterio de la Circuncisión. Nada le obligaba á sujetarse á esta ley, y no cabe duda que al someterse á ella fué su primera intención el sufrir. Su voluntario martirio empezó en el seno de la Santísima Virgen María y terminó en la Cruz, ofreciéndonos en todas las circunstancias el modelo de la más perfecta mortificación.

Esta virtud es la que ordena á la vez los afectos del alma y el uso de los sentidos. Se llama mortificación interior cuando se refiere al imperio que ejerce sobre el alma, y mortificación exterior cuando se aplica á los sentidos. No se trata ahora sino de esta última, y se divide en negativa si se limita á negar al cuerpo alguna satisfacción, y positiva si le hace además padecer algún dolor ó molestia. Concibamos una justa idea de la mortificación exterior dentro de los límites de la prudencia, y comprenderemos á quiénes obliga y qué debemos pensar de los cristianos, y más del sacerdote que se dispensa de practicarla ó que, sin condenarla rotundamente, la desprecia.

PUNTO I

Qué idea debemos formarnos de la mortificación exterior dentro de los justos límites

Resistir á la naturaleza viciada combatiéndola sin destruirla y respetar sus derechos sin halagar sus inclinaciones, es lo que se llama la virtud de la mortificación exterior. La naturaleza es un enemigo necesario á la vez que peligroso, por lo que nos está prohibido lo mismo darle la paz que la muerte. La discreción y la prudencia nos son, por consiguiente, más necesarias en esta que en ninguna otra virtud; pues cuando se nos dice que la perfecta mortificación

debe acabar con la naturaleza, ha de entenderse que la debe subyugar y reducir, con respecto á la gracia, con la misma sumisión y dependencia, digámoslo así, que tiene un cuerpo muerto respecto de los que disponen de él á su antojo. Por lo demás, dicha mortificación, lejos de dejar al hombre sin sentimientos, de ellos precisamente se sirve, sujetándolos y ordenándolos para hacer toda su vida meritoria y agradable á los ojos de Dios; por esto llamamos á esta virtud mortificación, y no muerte. La prudencia pues, debe mostrarse aquí, reformando por la mortificación lo que la libertad, extraviada y conducida por la pasión, ha corrompido en la naturaleza misma que Dios ha hecho.

Por consiguiente, yo puedo y debo dar oídos á la naturaleza en lo que exige y busca para mi conservación; pero todo cuanto le conceda lo he de referir no á su propia satisfacción que esto sería muy imperfecto, sino sólo á la voluntad del Señor. De esta suerte ¡oh Dios mío! estando siempre en guerra continua conmigo mismo, tendré igual mérito ya combatiendo tan terrible enemigo, ya conservándole y atendiéndole en sus justas y naturales exigencias. La misma recompensa me daréis, Señor, cuando me mortificare por Vos que cuando por Vos dejare de mortificarme. Sí; es muy cierto que todo es virtud cuando en ello se hace lo que Dios quiere y porque Dios lo quiere.

PUNTO II

A quiénes corresponde practicar la mortificación exterior

Esta virtud contenida en los límites de la prudencia, como acabamos de considerar, es evidentemente obligatoria á todos los cristianos, pero á nadie obliga más estrechamente que al sacerdote.

1.º En primer lugar, no hemos entrado en la Iglesia de Jesucristo sino por el Bautismo y con la promesa de seguir el Evangelio que es su doctrina.

Ahora bien, toda ella no tiende sino á establecer el dominio del espíritu sobre la carne, principio que continuamente se nos recuerda en la Epístola de San Pablo: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis* (1). *Si secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carni mortificaveritis, vivetis* (2). *Mortificate ergo membra vestra* (3). En segundo lugar, hemos prometido solemnemente imitar al Salvador, nuestro modelo necesario; pero ¿no vemos en El al Hijo de Dios hecho hombre, practicando siempre esta mortificación exterior? Al octavo día después de su nacimiento le vemos ofrecer á su Eterno Padre las primicias de su Sangre, le veremos en su Pasión entregar su adorable rostro á las bofetadas y esputos, su cabeza á las espinas, su cuerpo á toda suerte de golpes y tormentos.... ¡Ah! verdaderamente toda su vida no ha sido sino un largo y doloroso sacrificio!

Animados los Santos de este mismo espíritu de su divino Maestro, han sido ingeniosísimos en buscar diferentes maneras de mortificarse, pues que el odio de sí mismo ha sido como uno de sus primeros instintos; pero instinto, por decirlo, así común á todos ellos. Los que habían llevado una vida más pura eran precisamente los más dados á la mortificación; recordemos las austeridades del Precursor de Jesucristo, las de Santa Catalina de Sena, de San Luis Gonzaga y de mil otros. ¿Se podrá condenar temerariamente lo que la Iglesia ha honrado con tantos elogios, lo que el Hombre-Dios tan altamente ha autorizado con su ejemplo?

Es cierto que la mortificación exterior satisface por los pecados ¿y no tenemos todos que expiarlos, y en gran número? Cierto es que tiene la carne sumisa al espíritu y reprime sus rebeliones ¿y qué enemigo más importuno y peligroso que nuestro

(1) Gal., V, 24.

(2) Rom., VIII, 13.

(3) Colos., III, 5.

mismo cuerpo? Es cierto que atrae muchas gracias de preservación ¿no tenemos necesidad de ellas? Que nos dispone á recibir la luz celestial y á gustar de las delicias de la piedad; pues esta fe viva, este goce de Dios ¿no lo echamos de menos en nosotros? ¿no es lo que más vivamente deseamos?

2.º A estos motivos tan poderosos para excitar á todo cristiano á abrazar la mortificación exterior se juntan otros que la hacen todavía más obligatoria para el sacerdote. Todos los días Jesucristo se sacrifica por su ministerio ¿no debe el sacerdote sacrificarse con Jesucristo todos los días por el servicio de Jesucristo? Aun cuando el sacerdote no hubiera pecado nunca ¿no hace lo mismo que el divino Salvador las veces de un penitente público, encargado de aplacar á Dios, justamente irritado por el endurecimiento de tantos pecadores que, lejos de humillarse, parece que no tienen otro intento que provocar sus venganzas? Cumpliendo de esta manera lo que faltó á los sufrimientos del Hijo de Dios (1), es la manera, en expresión de San Pablo, de hacer muy fecundo en frutos su ministerio.

Examínese bien y se verá que todos aquellos de quienes Dios se ha servido para obrar la salvación de los pueblos de una manera notable y sorprendente, todos han tenido el espíritu de mortificación y lo han llevado hasta piadosos excesos que debieran por lo menos confundirnos, ya que no somos capaces de imitarlos. ¿Cómo preparaban el grande éxito de sus trabajos apostólicos Santo Domingo, San Vicente Ferrer, San Francisco Javier, San Alfonso de Ligorio y otros muchos santos varones apostólicos? Haciendo penitencias mucho mayores que las que imponían al prójimo. Sus austeridades entrañaban una oración que tocaba el corazón de Dios y le determinaban á compadecerse de los pobres pecadores.

(1) *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi, in carne mea.* (Coloss., I, 24).

Ya, no me resta pues ¡oh Dios mío! sino regular con prudencia y consejo la práctica de una virtud cuya importancia y necesidad reconozco. Sostenedme en el uso constante de la mortificación con vuestra divina gracia, y derramad sobre mí y sobre mis trabajos vuestra abundante misericordia.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Qué idea debo formarme de la mortificación exterior contenida dentro de justos límites.* Esta consiste en combatir la naturaleza sin destruirla, en respetar sus derechos sin lisonjear sus inclinaciones. Me está igualmente prohibido darle la paz que la muerte. Puedo, debo aun, escuchar la naturaleza en lo que exige para su conservación con tal que yo ordene cuanto le doy, no á su propia satisfacción sino únicamente á la voluntad del Señor. Merezco la misma recompensa cuando me mortifico por Dios que cuando por El dejo de mortificarme cumpliendo su santa voluntad. Todo es virtud cuando se hace lo que Dios quiere y haciéndolo por El.

PUNTO SEGUNDO.—*Quiénes están obligados á la mortificación exterior.* Ella obliga á todo cristiano, pero más estrictamente al sacerdote. No se llega á ser cristiano sino mediante la promesa de seguir el Evangelio, y sabido es que toda la doctrina evangélica tiende á establecer el imperio del espíritu sobre el de la carne. La imitación de Jesucristo es esencial al Cristianismo y toda la vida de Jesucristo fué una no interrumpida mortificación. Todos los Santos lo entienden así: la necesidad de sufrir ha sido como uno de sus primeros instintos, y un instinto común á todos. Basta conocer los efectos de la mortificación exterior para comprender que nadie puede dispensarse de ella. Pero es todavía más necesaria al sacerdote que debe imitar más perfectamente á Jesucristo, ser como El público penitente, y, para concurrir á la obra de la Redención, completar en su carne lo que falta á la Pasión, del Salvador.

MEDITACIÓN XXVII

Presentación de Jesús en el templo. Generosidad que Dios nos pide en los sacrificios

- I. Sacrificios que Jesús inspira á María.
- II. Sacrificios que Jesús se impone á sí mismo.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse en el templo de Jerusalén á la Virgen en el vestíbulo, cumpliendo con la ley de la Purificación, y luego de rodillas delante del altar ofreciendo á su hijo y rescatándolo; á Jesús que lo dirige todo y se ofrece á sí mismo por manos de su Madre.

SEGUNDO PRELUDIO.—Iluminadme ¡oh Señor! para que conozca perfectamente las disposiciones con las cuales se cumplen cosas tan comunes en apariencia; hacedme partícipe de semejante grandeza de alma, de tan generosa abnegación como se encierra en los bellísimos ejemplos que nos ofrece el misterio que voy á meditar.

PUNTO I

Sacrificios que Jesús inspira á María

María tiene en mayor estima su virginidad que el honor de ser Madre de Dios; así lo manifestó cuando recibió la embajada del Ángel; sin embargo, no buscaba la gloria de parecer virgen. Sacrifica de buen grado este honor, porque humillándose imita mejor á Cristo. Mírala allí confundida con las mujeres de Israel; ella, más pura que el sol, espera el momento de purificarse con las otras madres: es porque tiene ante sus ojos un gran ejemplo: el Todopoderoso oculto bajo las apariencias de un niño, el Dios tres veces Santo anonadado hasta tomar la figura de pecador! ¿Cómo podía ella rehusar la humillación de una impureza legal que no había contraído? *Esto in-*

ter mulieres tamquam una earum; nam et filius tuus sic est in numero peccatorum (1).

Sin embargo, este fué el menor de los sacrificios que hizo en este misterio. Sacrifica á su Hijo y con esta víctima idolatrada, ha sacrificado mucho más que á sí misma. María no ignora que ofreciéndoselo á Dios en expiación de los pecados de los hombres, lo entrega á los oprobios y á la muerte. Las profecías le eran harto familiares; había ya leído en ellas la historia circunstanciada de los sufrimientos del Mesías. Además había oído á Simeón anunciarle que este Salvador de los hombres ¡ay! no los había de salvar á todos; que aun en Israel, á muchos no había de aprovechar tan fecunda redención; que lejos de arrastrar en pos de sí á todos los corazones con sus divinos encantos, sería el blanco de los odios, del menosprecio y perseguido y condenado á muerte por un pueblo á quien había amado con ternura. «Y una espada de dolor, añade el santo Anciano dirigiéndose á María, traspasará vuestro corazón.» A todo se somete Ella, todo lo acepta. Y repite con uno de sus ilustres antepasados: Así lo queréis, Señor? pronto está mi corazón. *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum* (2). Ella dijo las palabras que más tarde había de pronunciar su Hijo: *Non mea voluntas, sed tua fiat* (3). También yo ¡oh Dios mío! lo he dicho alguna vez; pero cuando no apartáis pronto de mí el cáliz y me es forzoso beberlo sin alivio ¡ay! entonces mi voluntad desfallece!... Jesús, venido al mundo para sufrir y salvar á los pecadores sufriendo, ofrece su Cruz á todos los suyos; de sus más queridos es de quienes exige mayores sacrificios.... y yo me quejo si me cuenta en el número de aquellos á quienes más ama!

(1) San Bernardo, Serm. 3. *De Purific.*

(2) Ps. CVI, 8.

(3) Luc., XXII, 42.

PUNTO II

Sacrificios que Jesucristo se impone á sí mismo

Penetrémonos bien del misterio que acaba de consumarse, y encerrémonos en el Corazón del Hijo de Dios. El presentarse El á su Padre no es, como el de los otros niños, una simple ceremonia. Sabe muy bien que ofrecerse á Dios en calidad de Redentor es ponerse en manos de su justicia, es entregarse á una muerte en la cual á la intensidad del sufrimiento va unida su deshonra. Comprende también lo que Simeón dice á María, y su penetración en este punto sobrepuja infinitamente á la del Profeta: todos los detalles de su Pasión están fijos en su mente; comprende lo que abarca su compromiso y, no obstante, lo acepta. Desde el primer instante de su entrada en el mundo había hecho á su Padre oblación de sí mismo: *Holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: Ecce venio* (1); y esta obligación la renueva solemnemente en el misterio de su Presentación. Desde el templo vuela su corazón al Calvario; se adelanta, por decirlo así, á su inmolación. ¿Obro yo de este modo? Nada le arredró al tratar de salvarme; y á mí ¡ay! cualquier cosa me detiene cuando se trata de servirle! La ardiente caridad de que su alma se hallaba abrasada, este fuego sagrado se halla del todo extinguido en la mía: hé ahí cómo se explica su abnegación y mi cobardía.

¡Extraño contraste! Ninguna necesidad tenéis, Señor, de mí y todo me lo dais; sin Vos no puedo pasar un momento, y sin embargo, yo nada os quiero dar! Las lágrimas de vuestra infancia, los trabajos de vuestra juventud, las persecuciones de vuestra vida pública, los sufrimientos y oprobios de vuestra muerte..... todo por mí ¿qué digo? Tal ha sido el exceso de vuestro amor hacia este ingrato, que os

(1) Hebr., X, 6, 7

habéis sometido por él á una especie de pasión perpetua cuando, al instituir el misterio de los altares, y haciéndome su ministro, habíais ya previsto por cuántas tribulaciones teníais que pasar, cuántos ultrajes y sacrílegos atentados habíais de sufrir antes de llegar á mí; vuestro amor ha triunfado de la horrible repugnancia que os causara este género de muerte prolongada al través de los siglos!... y yo retrocedo ante el más pequeño sacrificio que será de pocos momentos de duración, y que quizás no tenga otra realidad que la que le atribuye mi imaginación. Por mí os habéis inmolado y yo rechazo inmolarme por Vos... ¡Ah! ¡no cesaríais Vos de amarme, si no comenzara á mi vez á amaros lo bastante para sufrir, siquiera con paciencia, las privaciones y trabajos que muchos de vuestros fieles siervos han ambicionado con ardor!

Unámonos á la oblación entera y perfecta que Jesús hace todos los días á su Padre por manos de sus ministros. Pidámosle por los méritos infinitos de este Sacrificio, que el mío, el que voy á hacerle de mí mismo en el altar santo, sea como El lo desea. No, Señor, en adelante nada os he de negar. María, José, sed testigos y fiadores de mi promesa. Me prepararé á resistir con generosidad las repugnancias que encuentro en el cumplimiento de mis deberes.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *Sacrificio que Jesús inspira á María.*— Sacrifica la gloria de parecer virgen á la de imitar á Jesús humillándose. Viendo al Dios tres veces santo anonadado hasta tomar figura de pecador ¿cómo podrá rehusar la humillación de una impureza legal que no ha contraído? Sacrifica á su Hijo ¿podía acaso ignorar que ofreciéndolo á Dios para reparar su gloria lo entregaba á los oprobios y á la muerte? Ella conocía muy bien las profecías, y ¡penetraba aquellas tristes balabras: *Será el blanco de las persecuciones*, y esotras: *Una espada de dolor traspasará vuestra alma*. A todo se somete..

Y yo me quejo si el mismo Salvador, haciéndome partícipe de sus sufrimientos, me asocia á aquellos á quienes más ama!...

PUNTO SEGUNDO.— *Sacrificios que Jesús se impone á sí mismo.* Sabe muy bien que ofrecerse á Dios en su calidad de Redentor es ponerse en manos de su justicia y entregarse á la muerte más cruel. Conoce perfectamente toda la extensión de esta ofrenda y la suscribe. Nada le arredró tratándose de mi salvación: todo me espanta cuando es cuestión de servirle; ¡Oh Jesús, por mí os habéis inmolado, y yo rehusé servirlos! Quiero al menos sufrir con paciencia los que vuestros más fieles servidores desean con ardor.

MEDITACIÓN XXVIII

Presentación de Jesús en el templo. Fidelidad en cumplir las prescripciones de la ley

- I. Por poco importantes que parezcan.
- II. Por poco obligatorias que se crean.

PUNTO I

Se deben observar todas las leyes del Señor aunque parezcan de poca importancia (1)

María, José y Jesús que los inspira se sujetan á todas las ceremonias prescritas, y esta obediencia es como el espíritu particular de este misterio. El tiempo, la forma, todas las circunstancias, ora sean las que se refieren á la purificación de la Madre, ora las que miran á la presentación y circuncisión del Niño-Dios, nada omiten, nada cambian, todo lo cumplen según la ley: *Secundum legem Moysi. Sicut scriptum est in lege Domini. Secundum quod dictum est in lege Domini. Ut perficerent omnia secundum legem Domino* (2). En el curso de su vida mortal, Jesús cumple siempre con la misma exactitud los mandatos de su

(1) Hablamos aquí de las leyes en general; en la meditación siguiente hablaremos de los ritos sagrados.

(2) Luc., II.

Padre. Si acude todos los años al templo con sus parientes, si come el cordero pascual, lo hace siempre en el tiempo y forma prefijados por Moisés. Cumple con la ley sin faltar á ella ni en un ápice (1). Hace lo que enseña, cumpliendo con las cosas mayores sin olvidar las pequeñas (2). ¡Oh, cuántos motivos tengo para imitar esta conducta!

1.º Nada es pequeño cuando Dios lo ordena. Esta sola consideración, Dios lo quiere, todo lo hace grande á nuestra estimación; lo que antes hubiera desdeñado, ahora lo respeto. La aureola de la autoridad hace desaparecer de mis ojos todo pretexto de independencia.

2.º ¿Cómo no me ha de parecer grande, importante y digno de fijar toda mi atención aquello que agrada á Dios, lo que aumenta mis derechos á las recompensas celestiales y me hace progresar en la perfección? Tales son las más comunes y ordinarias observancias. Dios tiene menos en cuenta la acción que el principio en que se apoya, menos la mano que el corazón. Cuando sin tener otras miras que cumplir su voluntad me empeño en cumplirla con la mayor exactitud y con deseo de agradarle, me hago merecedor de que me mire complacido y al par aumento el tesoro de mis méritos. ¿Es acaso insignificante el tener á Dios complacido, un nuevo grado de gracia en el tiempo y de gloria para la eternidad? Nuestra santificación depende no de las obras extraordinarias, sino de la fidelidad en cumplir la voluntad de Dios.

3.º Si en medio de aquellas cosas que se me han ordenado las hay pequeñas é insignificantes, contribuirá á engrandecerlas el empeño que ponga al cumplirlas. El alma generosa que guarda con gran cuidado las leyes más pequeñas, parece decir al Señor: Hablad, Señor, que mi corazón está dispuesto así para lo

(1) *Jota unum, aut unus apex non præteribit a lege.* (Matth., V, 18.)

(2) *Hæc oportuit facere et illa non omittere.* (Matth., XXIII, 23.)